

## IN MEMORIAM

### GUSTAVE THIBON, O EL RETORNO A LO REAL

El pasado 19 de enero nos ha dejado para siempre el filósofo y escritor francés Gustave Thibon, una de las mentes más claras del reciente fin de siglo. Su muerte se ha producido en su casa familiar de Saint-Marcel d'Ardeche, pueblo rural del valle del Ródano donde nació hace 97 años y donde ha residido siempre al frente de los recursos agrícolas de su economía doméstica.

Thibon ha sido el perfecto autodidacta. Seguramente no poseyó otro título académico que el certificado de estudios primarios, pero por su acceso a la biblioteca de un pariente logró dominar el latín, el griego, el alemán y el español, y adquirir al mismo tiempo una extraordinaria cultura que supo fecundar con su talento natural.

Si la filosofía es el amor desinteresado de la sabiduría, y ésta la contemplación de la realidad, la penetración intelectual de sus causas últimas, puede decirse que con Thibon se va uno de los pocos filósofos auténticos que nos ha sido dado conocer. Muertos Marcel de Corte, Sciacca y pocos más, la filosofía contemporánea se ha alejado tanto de *lo real* en su objeto de estudio como del tipo humano del *sabio* en su protagonismo. Ya no es la realidad de la naturaleza, del alma o de Dios lo que interesa al filósofo, sino conceptos —más bien términos o palabras— que destaca y solemniza con aires de hallazgo original para aplicarlos después a la realidad en una ideología forzada y apriorística. Piénsese, por ejemplo, en Kuhn con su “paradigma”, en Derrida con su “deconstrucción”, en Gadamer con su “hermenéutica”, etc.

Es llamativa, por otra parte, la evolución operada en la imagen simbólica del *sabio* o filósofo durante los últimos siglos. En

el arte y la literatura antiguas *el sabio* se representaba como un personaje roto y miserable, especie de mendigo homérico que vivía en extremo abandono de sí mismo escrutando viejos pergaminos y penetrando el universo bajo la infinita bóveda estrellada. Como inspirado en el asceta cínico o estoico, así ha pasado su imagen a nuestra fábula literaria: "Cuentan de un sabio que un día tan pobre y mísero estaba que sólo se sustentaba de las hierbas que comía ...". Y asimismo a las artes plásticas: recuérdense las imágenes de sabios o filósofos antiguos que nos dejó Ribera y que se conservan en el Museo del Prado.

Del filósofo de hoy —el filósofo profesional— tenemos una imagen muy diferente. Parece que ha logrado un puesto en la sociedad de consumo. Orondo y bien nutrido, se ha hecho con un *status* docente y laboral, y hasta dispone de una "asociación de filósofos jóvenes" de carácter vanguardista y reivindicativo. Ya no vive en el tonel de Diógenes ni dormita a la intemperie apoyado en las murallas sino que acude en avión a los congresos científicos para mostrar sus últimos hallazgos semánticos, pretendidamente filosóficos. Ha perdido, por supuesto, la "escondida senda por la que han ido los pocos sabios que en el mundo han sido", aquella que Thibon encontró y nunca abandonó en su propia casa paterna y en el quchacer familiar.

Su arraigo campesino deparó también a Thibon una fe católica profunda y lúcida que fue la luz y firmeza para sus juicios críticos y sus afirmaciones rotundas. Militó siempre doctrinalmente en la contrarrevolución francesa que se extiende desde el conde de Maistre y Bonald, pasando por Maurras, hasta el actual enfrentamiento entre la Iglesia tradicional y la ecuménica-progresista que ha provocado la imputación modernista en el Concilio Vaticano II. Thibon fue en esa controversia profeta sobre las consecuencias deletéreas que para el catolicismo tendría la apertura vaticana. Recuerdo una de nuestras últimas conversaciones a raíz de la Reunión Ecuménica de Asís en la que él desvió el tema porque —dijo— "sólo nos conduciría a considerar la magnitud del naufragio". Junto a los autores de la Contrarrevolución, influyeron también en Thibon la sagacidad fulgurante de Simone Weil, y por contrapunto las vacilaciones trágicas de Nietzsche y de Unamuno.

Como aquellos filósofos antiguos, Thibon se expresó en gran medida en aforismos y proverbios que resumen en golpes de luz tanto las miserias y luchas íntimas del hombre contemporáneo como la enfermedad radical que aqueja a la sociedad democrática moderna. En su condición de católico y monárquico, me honro en considerarlo como uno de mis más inmediatos maestros, y creo que así lo considera también la revista *VERBO* y quienes la hacen. Por más que no le hayan seguido hasta su final lógico en su crítica al progresismo en la Iglesia de hoy, cuyos frutos envenenados son más visibles que nunca.

Entre sus libros, dos de ellos sugieren en sus artículos la intencionalidad profunda de su obra: *Diagnósticos* (Ensayo de fisiología social), 1940, y *Retorno a lo real* (1943). Otros títulos de gran audiencia han sido *La Escala de Jacob* (1942) y *Destino del Hombre* (1941). Cuando en 1968 publiqué mi libro *El silencio de Dios*, Thibon honró sus páginas con un profundo y esclarecedor prólogo (Edit. "Criterio Libros", Madrid). La última década del siglo conoció la aparición de *En el ocaso de mi vida* (1993) y *La ilustración fecunda* (1995). Mucho antes, en 1955, había publicado una novela de anticipación en forma de pieza teatral irrepresentable (*Secrets como dioses*) que en muchos aspectos es ya una adivinación profética impresionante. Sobre la trama de una hipotética extinción de la religión en Occidente, describe Thibon su milagroso despertar en la sensibilidad y la mente de una mujer (Lib. Artheme Fayard, París).

Que Dios tenga en la luz de su gloria a este espíritu luminoso sediento de Verdad y de Bien.

RAFAEL GAMBRA

## EL SIGNO DE GUSTAVE THIBON

No era Gustave Thibon hombre al que cuadraran los estereotipos, personales o culturales. Por lo que no resulta fácil, en su muerte, a los noventa y siete años, en la campaña provenzal